

La teocrática *umma* islámica

El musulmán se cree en posesión de la verdad total, y por eso es inaccesible a la duda. El musulmán posee una falta de curiosidad total. Seguro de su fe, tiene un alma saturada, sin deseos de nada exterior, excepto lo que le presenta el islam. Éste le da una seguridad absoluta. Inútil, por consiguiente, ver lo que dicen los otros.

.....
Equipo de Acontecimiento.

El partido de Dios

La vitalidad del islam se debe ante todo a una honda adhesión de sus miembros a su comunidad (*umma*, de la raíz *umm*, «madre»), a una comunidad profética ideal (*ummatu-al-Nabi*), a una comunidad laica de seglares, a una comunidad teocrática, ya que su fundamento y su ley (*destur*) sólo viene de Dios, a una comunidad al mismo tiempo religión (*dín*) y mundo (*dunya*), o religión y Estado (*daula*). Y esa adhesión visceral y singularísima la mama el niño en su familia, en la escuela coránica, y más tarde en su ambiente. Se trata de una adhesión raciosentimental presidida por el orgullo de ser «la mejor comunidad producida para los hombres», según un versículo famoso del Corán, frecuentemente citado.

Desde pequeño se toma, pues, conciencia islámica, de comunidad y de fraternidad. Tan sólo los musulmanes son hermanos: que no tengan confidentes fuera de su comunidad, que no acepten como *wali* («amigos sin reserva», o miembros de pleno derecho de la comunidad) a los judíos, a los cristianos, a los paganos, o a los enemigos del islam, aunque puedan ser buenos y equitativos con quienes no hayan luchado contra los musulmanes. A partir del momento en que el islam comienza a demostrar su supremacía militar, se da la orden de luchar hasta el fin, por eso el Corán se muestra severo con quienes se niegan a financiar las guerras de la comunidad, o intentan dispensarse del servicio militar sin razones fundadísimas, aunque excuse a los demasiado pobres para equiparse, a los ciegos, cojos, enfermos. Si el enemigo pide la paz hay que escucharle, pero que los musulmanes no pidan la paz si son los más fuertes. A los cristianos y a los judíos hay que combatirles hasta que acepten el estatuto especial que les está reservado; en todo caso, el islam tiene que suplantar finalmente a las demás religiones, por la paz y, si es preciso, por la guerra. En suma, la comunidad musulmana debe estar siempre en pie de guerra, preparada y alerta para cualquier eventualidad y armarse debidamente: para preservar a la comunidad de perfectos cada cual debe estar dispuesto durante todos los días de su vida a dar su batalla, hasta el momento final de la madre de todas las batallas.

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Cielo y tierra fundidos en el Corán, he ahí la umma. Ella se presenta como «comunidad perfecta y única agradable a Dios», comunidad de los puros, los únicos teólogos, los únicos que pueden honrar y servir a Alá: «Dios está satisfecho de ellos y ellos lo están de Él. Estos constituyen el «partido de Dios». Y «¿acaso no son los partidarios de Dios los que prosperan?». Comunidad de los últimos tiempos, resto escatológico, la umma es una comunidad aparte en la vida política y religiosa de la humanidad. Sólo ella puede liderar al mundo y orientar su devenir; islámicamente hablando, fuera de ella no hay salvación.

Uno de los mayores Estados musulmanes, Pakistán, se ha autoconferido el título de país de los puros, al no poder soportar el espectáculo supuestamente sodomítico-gomorrino del resto del mundo; por eso la umma «siente no sólo como un sufrimiento, sino como una injusticia y un insulto a Dios todo lo que viole esa convicción. Así se explica el particular carácter que mantienen todas las reivindicaciones musulmanas. Es como reclamar algo que le es debido.

Un musulmán no soportará nunca encontrarse sometido a un poder supremo no musulmán. En su inconsciente, sólo el musulmán parece estar llamado a gozar de todos los derechos políticos y religiosos; el no musulmán será siempre un extranjero, un «protegido» (*dimmi*) que tiene que pagar impuesto especial (*yiziya*) o de lo contrario ser combatido. Por eso se les imponía un vestido especial y se les prohibía casarse con musulmanas. En el inconsciente de un musulmán, nunca el no musulmán es aceptado en igualdad de condiciones. Sólo el islam debe reinar. Es un derecho de Dios. El éxito temporal, incluso el militar, es para él un signo de la verdad del Corán. La derrota o la situación de inferioridad es una «tentación» (*fitna*) para la fe musulmana. De ahí que la creación del Estado de Israel sea sentida como un escándalo en el sentido teológico de la palabra. Todo esfuerzo por oponerse a ello convierte necesariamente en guerra santa (*yihad*), guerra que obliga a todo el mundo musulmán.

Ese apego instintivo a la comunidad hará que en su interior exista una real ayuda mutua con la que se pueda contar. Y también el que todo musulmán sienta como algo innato la necesidad del apostolado. El musulmán es espontáneamente apóstol, porque está plenamente convencido de la excelencia de la umma, para él único lugar posible de salvación. Así se explica la partición que desde siempre ha hecho del mundo el islam: *dar-I-islam* («tierra del islam») y *dar-I-harb* («tierra de la guerra»). Y eso de la manera más normal. El islam no reconoce otros límites que los de la tierra misma. De ahí proviene esa sensibilidad para sentir como propio todo lo que ocurra

a cualquier miembro de la comunidad. Ejemplo clarísimo de ese estado de espíritu es la Declaración Islámica Universal de los Derechos Humanos, promulgada en la Unesco en septiembre de 1981, en la que da a la ley musulmana un carácter universal.

Culto o inculto, rico o mendigo, árabe, bereber, turco o negro, practicante o no, todo musulmán está marcado en lo más hondo de su ser por este sentido de la umma. Está orgulloso de su fe. El musulmán es consciente de pertenecer a la mejor comunidad. Para que no lo olvide, el Corán se lo repite sin rubor: «Vosotros sois la mejor comunidad que ha aparecido para los hombres». De ahí ese comportamiento del pueblo elegido, ese sentimiento de sentirse separado y hasta el desprecio práctico, más o menos consciente, que experimenta igual que el judío, por los *goim* («gentiles»).

La seguridad en su fe es desconcertante. El musulmán se cree en posesión de la verdad total, y por eso es inaccesible a la duda. El musulmán posee una falta de curiosidad total. Seguro de su fe, tiene un alma saturada, sin deseos de nada exterior, excepto lo que le presenta el islam. Éste le da una seguridad absoluta. Inútil, por consiguiente, ver lo que dicen los otros. Ausencia de espíritu crítico, insondable tranquilidad espiritual, adhesión total, maciza, sin grietas, se puede decir que lo tiene todo. Su talante espiritual es muy característico, mezcla de seriedad, fatalismo y contemplación ideal de un pasado que crea ese tipo de hombre resignado, pasivo, en perfecta armonía consigo mismo y con todo lo creado. Ni el sufrimiento, ni la muerte, ni la adversidad de las cosas, consiguen destruir la armonía inicial. Todo ello es resultado de la conciencia de que Dios es lo real, inaccesible y soberanamente libre; y de que el hombre y todo lo creado no pueden tener consistencia ni densidad sustancial. Por eso también el hombre carece de tarea perfecta. Su única perfección consiste en someterse a lo que Dios quiere (*islam* = sumisión). No es de extrañar, pues, su concepción optimista, estática y acabada del mundo. Todo va bien en el mejor de los mundos. Lo último que se le puede ocurrir al musulmán es corregir la plana a Dios. Para el musulmán, transformar el mundo es una pretensión vana y casi sacrílega. En él están ausentes la noción de progreso y la dinámica histórica».

Fundamentalismo y sinfundamentalismo

Necesario fundamento

Al caracterizar al islam como fundamentalista se confunden dos cosas distintas, a saber, la convicción profunda (que merece todo el respeto), y la intransigencia fanatizante (que no lo merecería).

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Respecto de la profundidad de su convicción, la verdad es que hoy por hoy contrasta con la de otras religiones: «El islam, por la sencillez de su presentación, por su apologética, por la repetición de las mismas afirmaciones oídas desde la infancia, por la atmósfera que crea, rodea a sus fieles de un vallado protector. El sentido de lo sagrado, la adoración del Dios único, el codo a codo comunitario, los valores fundamentales de la familia y de la ayuda mutua del grupo, las glorias de la civilización pasada, todo esto es suficiente para quien lo vive, ¿por qué sentir entonces la necesidad de ir a buscar otra cosa? Por otra parte, la comunidad vela sobre él dejándolo libre mientras le sirva, cerrando los ojos en el caso de que se tome personalmente ciertas libertades frente a la ley. Mostraría sin embargo una rigidez implacable, si se diera cuenta de que ya no pronuncia la sahada, o de que pone en entredicho los fundamentos mismos del islam.

El Corán contiene numerosas frases bien cinceladas, grabadas desde hace siglos en la memoria y en la afectividad de los fieles. Se trata en unos casos de evidencias que, al recordar la fragilidad de la vida y de los conocimientos humanos, suscitan un escalofrío en quienes las oyen. Otras expresan de una forma muy simple ciertas verdades fundamentales que están en la base de toda religión monoteísta, relativas a la unidad de Dios, a su grandeza, a su ciencia, a su poder. Por eso esta certeza, como un halo luminoso, ilumina otras afirmaciones que no son tan evidentes. Pero, como éstas se expresan de una forma popular, con el sabor de los relatos que cautivan, cuando están bien contadas, todo vale. Para el islámico lo que está en el Corán está por encima de toda crítica. Para él la certeza psicológica de todas sus proposiciones es absoluta.

Esta actitud psicológica, legitimada cuando se trata del Corán por la fe en el origen divino del texto, aparece igualmente en muchos hombres religiosos a propósito de algunos relatos que no tienen nada que ver con el Corán. Todo lo que parece darle al Corán más autoridad se acepta con los ojos cerrados; así, en muchos apologistas, la afirmación de que el Corán contiene el anuncio de todas las ciencias y de todos los descubrimientos más modernos, como los viajes interplanetarios o la bomba atómica. Aunque existe un número importante de verdaderos sabios que no creen en esta clase de apologética y que tienen la valentía de decirlo, los demás se callan por miedo a la comunidad, o recogen sólo para sí mismos esta afirmación».

Por lo demás, todo lo que sea la vuelta a las fuentes (*salafiya*, nacida a mediados del s. XIX) para fijar la doctrina tenida por canónica y combatir herejías sin violencia es algo que resulta perfectamente legítimo dentro de

un credo y de una ortodoxia. El problema es si de ahí se pasa a un fanatismo sectario y violento. En este sentido podemos mencionar al *wahabismo*, primero de los retornos históricos a las fuentes ocurrido durante el siglo XVIII, por impulso de Mohammed ibn Abd al-Wahab (1703-1791), que, en la línea del rito hanbalita, emprendió una lucha contra todas las innovaciones introducidas tanto por los *marabuts* como por los chiítas o sufíes (culto de los santos y otras supersticiones, cofradías, etc), predicando el retorno a una fe depurada y a la aplicación estricta de la *sar'ia*. Este wahabismo, que permite la emancipación nacional, llevó al nacimiento de la Arabia Saudita, donde sigue siendo doctrina oficial.

Innecesario fundamentalismo

Respecto de la intransigencia fanatizada, no siempre es fácil distinguirla de la anterior. La rama activista y terrorista del wahamismo la forman los «hermanos musulmanes», nacidos en 1929 por inspiración de un profesor egipcio, Hassan al-Banna, empeñado en la instauración de una sociedad islámica (el jefe del Estado habría de ser elegido por la *sura*, consejo de la comunidad) basada en el Corán, con la subsiguiente erradicación de la prostitución, la prohibición de la usura y de las escuelas mixtas, la organización de la *zakat*, y la supresión de la propiedad privada; en general, se trataba de una cruzada anti-occidental. En 1948 el rey Faruk decretó la disolución del grupo, y Hassan al-Banna fue ejecutado (1949) como réplica al asesinato del primer ministro, deviniendo desde entonces «jeque-mártir» para sus seguidores. En revancha, los hermanos musulmanes participarán en el derrocamiento de Faruk. Disueltos de nuevo por Nasser en 1954, no han desaparecido, y su historia ha estado ligada a crímenes y violencias, llegando a imputárseles el asesinato del presidente Sadat. Reclutados entre la juventud y los ambientes intelectuales, al final de los años 80 tienen influencia no sólo en Egipto, sino en la mayoría de los países musulmanes, incluso en Afganistán.

La cuestión es: ¿resulta constitutivo del islam ese su fundamentalismo, o sólo adjetivo? ¿cambiará en un futuro, o permanecerá aislado, encerrado en un fanatismo cada vez más excluyente y violento? En un extremo se encuentran las posturas más cerradas en su pretensión de monopolio de la verdad, intolerancia, exclusión del que no hace la misma lectura objetiva y legalista, opresión y represión, terrorismo intelectual y despotismo: «la comunidad islámica, tan culta y dinámica en otros tiempos, no ha conocido ninguna de las revoluciones contemporáneas que desde el Renacimiento han transformado al mundo occidental: ni la revolución científica, ni la comercial, ni la cultural, ni la política, ni la social.

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Piénsese en la conmoción de la idea religiosa del mundo gracias al seísmo copernicano y en el ataque rabioso al absolutismo y a su garante celeste, la Iglesia, por parte de los filósofos del Siglo de las Luces. Añadan a eso la corriente de la democracia directa, las teorías del movimiento obrero, el descubrimiento de los mecanismos del inconsciente y las pulsiones profundas del hombre e, incluso, la teología de la muerte de Dios».

Y, sin embargo, el islam crece: ¿crecerá precisamente por no haberse abierto al hiperracionalismo disolvente al que se ha abierto, por ejemplo, el cristianismo? ¿mantendrá su fuerza asertiva y su inmutable convicción porque no ha separado vida privada y vida pública, como sí lo ha hecho el Occidente cada vez más descreído? ¿seguirá adelante por la cohesión social que el Corán genera? ¿garantizará el auge del islamismo su nutrida grupalidad? ¿o será el confort no disfrutado todavía lo que le preserva de un pragmatopositivismo letal para el hecho religioso? ¿disminuirá, en fin, el fervor islámico con la secularización rampante del Occidente?

Pero el propio islam conoce otras configuraciones más dialogantes con la racionalidad, más libres hermenéuticamente, más cálidas intuitivamente, más purifi-

cadas de lo sociológico, lejos del sinfundamentalismo (sin fundamento, al menos) al que cada vez se parecen más las sociedades dolarizadas, aquellas donde el dinero pretende ser el eterno becerro de oro. Lo que está por ver es si ella podrá con las tendencias más fanatizadas, o a la inversa; o si la tensión entre ambas le es constitutiva al islam. De momento sólo podemos decir que «el musulmán es capaz de cumplir todo lo que le pide su ley; puede entonces sentirse satisfecho. El cristiano, incluso el santo, no realizará nunca todo lo que se le pide, tendrá que apuntar siempre más arriba. En el terreno de una ley que exige amar ¿quién puede decir con toda verdad que ha amado de veras? El verdadero cristiano no podrá decir nunca que ha realizado todo lo que Dios le pedía. Según la tradición musulmana, mientras Mahoma estaba en el oasis de Khaybar, los judíos trajeron ante él a una mujer cogida en flagrante delito de adulterio; era una de las suyas. Le preguntaron entonces: «¿qué hay que hacer?» Mahoma dijo que le trajeran un ejemplar de la Torah. Y como allí está escrito formalmente que hay que lapidar al adúltero, ordenó la lapidación. La obediencia a la ley se imponía a todo lo demás.